

EL TRAYECTO DE LOS DÍAS

Más vale no callar

¿Panhispanidad o resurgimiento de ambiciones imperiales?

JOSÉ LUIS SOLÍS GONZÁLEZ

El altercado entre Hugo Chávez, presidente de Venezuela, y José Luis Rodríguez Zapatero, jefe de gobierno español, agravado por el inesperado exabrupto del rey hispano Juan Carlos de Borbón, durante la clausura de la Decimoséptima Cumbre de Jefes de Estado y de Gobierno de Iberoamérica, el 10 de noviembre pasado en Santiago de Chile, ha extendido un manto de preocupación sobre el futuro de las relaciones entre España y América Latina, por las implicaciones que el mismo tiene. El episodio protagonizado revela, de alguna manera, la percepción que desde la vieja metrópoli imperial se tiene de Iberoamérica como un continente que, a pesar de los doscientos años transcurridos desde el inicio de las luchas nacionales por su independencia, sigue siendo considerado coto de caza para los intereses imperiales hispanos.

Aparte del hecho de que la actitud polémica de Chávez en estos foros pueda ser censurable para algunos, no se puede tampoco pasar por alto la actitud altanera y soberbia del monarca español ante otro jefe de Estado, como lo es Chávez, al que mandó callar de manera majadera e insolente. Lo mismo ocurre con la sorpresiva y apasionada defensa que Rodríguez Zapatero hizo de José María Aznar, ex-jefe de gobierno español, cuyas andanzas intervencionistas



en México y América Latina son de todos conocidas y cuya ideología política está directamente emparentada con lo más oscuro y retrógrado del fascismo franquista.

¿Qué hay detrás de todo este anecdotario? ¿Se trata acaso de un simple exabrupto circunstancial o es revelador de nuevas condiciones en el contexto económico y político internacional en que se mueve actualmente América Latina? Revisemos brevemente el panorama internacional. En primer lugar, estamos en presencia del declive de la hegemonía estadounidense: la *Pax Americana* de la posguerra está cediendo su lugar a la conformación de un sistema mundial

multipolar, en donde los Estados Unidos, siendo la potencia dominante militarmente, no lo es más en el terreno económico. La consolidación de la Unión Europea como el bloque económicamente más poderoso, así como la emergencia de un bloque asiático con enormes posibilidades de desarrollo bajo el liderazgo de países como China y la India, representa, a la par, un colosal desafío para los intereses estadounidenses y la inminente redefinición de los espacios de poder en la escena mundial.

De hecho, la globalización económica, pretendiendo conformar un mercado único mundial bajo la hegemonía del capital financiero transnacional, ha tenido como contrapartida la fragmentación del espacio internacional en términos de bloques económicos y geopolíticos que, más allá de la ideología del “libre comercio” promovida por los Estados Unidos y los organismos internacionales bajo su tutela (como la OMC, el FMI y el Banco Mundial), defienden sus respectivos intereses con férrea determinación proteccionista.

Esta tendencia a la multipolaridad resulta así un referente fundamental para América Latina. Por un lado, España ha encontrado en el bloque europeo un *Caballo de Troya* para la penetración y consolidación de sus crecientes intereses en la región, bajo el pretexto de servir como “puen-

te” en la relación Europa-América Latina. De hecho, las inversiones españolas en sectores clave y jugosamente rentables como la banca y las finanzas, son reveladoras de la creciente penetración de los intereses neoimperialistas hispanos en América Latina. En países como México, Argentina o Uruguay la banca española prácticamente se ha apoderado de este sector, penetrando igualmente en otros sectores estratégicos de las economías latinoamericanas.

En el caso de México, las transnacionales españolas han incursionado también, con un peso creciente, en sectores como el energético (electricidad y gas natural), los *mass media* y la industria editorial. No es del todo improbable que, en la medida en que la crisis de la economía estadounidense se agudice y que la pérdida de su hegemonía económica sea mayor, el vacío dejado por una menor presencia de sus intereses en el espacio económico latinoamericano sea colmado por España y, en un menor grado, por otros países de la Unión Europea y de Asia.

A este fenómeno coadyuva el rotundo fracaso del ALCA como proyecto de consolidación de un bloque americano ampliado más allá de los confines del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). La creación del Mercosur bajo el liderazgo brasileño y la alianza estratégica de éste con el Grupo Andino (que dio lugar en 2004 a la conformación de la Comunidad Sudamericana de Naciones), son expresión de una clara estrategia geopolítica brasileña, tendiente a consolidar un bloque regional sudamericano de creciente importancia, con capacidad de negociación no sólo frente a los Estados Unidos sino también ante los

bloques europeo y asiático.

Por otra parte, Venezuela, bajo la dirección de Chávez y apoyada en sus enormes recursos petroleros, se ha convertido en un factor disruptivo en la escena internacional, con una influencia creciente en América Central y el Caribe, afectando los intereses norteamericanos y amenazando los intereses hispanos en la región. Ello representa igualmente un factor de inestabilidad e inquietud para Brasil, MERCOSUR y demás países del área, por el hecho de que el fenómeno del “chavismo”, a pesar de (o gracias a) sus connotaciones populistas, ha prendido fuertemente en el imaginario de los estratos de población más depauperados de algunos países, los cuales perciben como posible y positivo el uso de los recursos petroleros para combatir la pobreza y servir como palanca para un desarrollo nacional autónomo.

En este juego de fuerzas, que finalmente es expresión de las nuevas configuraciones de la economía y la política mundiales, México ha jugado el triste papel de “convocado de piedra”. La mayor integración económica con los Estados Unidos, reforzada por el TLCAN, y el estrepitoso quiebre de la política exterior mexicana, producto de la conculcación de la toma de decisiones nacionales por una oligarquía sin proyecto de nación, le ha vedado a México cualquier aspiración al liderazgo latinoamericano y ha significado la pérdida de su tradicional papel de interlocutor privilegiado de los Estados Unidos con América Latina.

En este contexto, la presencia de poderosos intereses hispanos en la economía mexicana no hace sino agravar las falencias

del actual modelo económico neoliberal, así como las de un sistema político que continúa teniendo un marcado carácter corporativo y autoritario. La alineación ideológica del actual régimen político mexicano con la derecha española y europea, refuerza la necesidad de revisar a fondo nuestros nexos externos, actualmente polarizados con Norteamérica, y replantear sobre nuevas bases cualquier intento de diversificación de nuestra dependencia como país periférico.

